

Al lado de la ventana abierta, el cura de Favières estaba leyendo en la modesta sala de su casita. Su madre le acompañaba haciendo calceta para los niños del asilo, y en el profundo silencio que reinaba, no se oía más que el rumor de las páginas del libro que volvía el sacerdote, y el roce de las agujas de acero de la anciana. Daban los dos en el reloj de la iglesia cuando una mano impaciente golpeó la puerta con el aldabón, al mismo tiempo que una voz decía :

— El padre Daniel, ¿está?

El sacerdote levantó la cabeza y dijo con emoción :

— ¡Oh! madre, es Bernardo....

Y en el mismo momento, la persona cuyo nombre se acababa de pronunciar entró alegremente diciendo :

— ¡El mismo!

Los dos hombres se miraron sorprendidos, turbados, pero, en seguida, impulsados por su antigua amistad, se dieron un estrecho abrazo. La anciana los miraba sonriendo.

— ¡Ah! mi querido amigo, dijo Letourneur con algún embarazo, ¡qué cambiado estás desde nuestro último encuentro!...

El sacerdote se ruborizó y dijo, después, recordando su seguridad :

— Más cambiado estoy todavía moralmente.

Empujó hacia su madre á Bernardo y añadió :

— Saluda á mi madre que es siempre la misma: la mejor y la más cariñosa de todas las mujeres.

— Eso es muy fácil, al lado de un hijo que da en todo el ejemplo, dijo la anciana con dulce voz. Me alegro de ver á usted, señor Letourneur; esa dicha no es frecuente, pero Daniel conserva siempre un buen recuerdo y me habla á menudo de usted.

— Es que Daniel es el mejor de los hombres y yo, si no soy el peor, me falta poco. Ustedes hacen aquí una vida tranquila y yo paso una existencia disipada cuya peor consecuencia es no dejarme tiempo de ver á las personas que más quiero.

— Puesto que te acusas tú mismo no puedo hacer más que perdonarte, dijo el padre Daniel.

Mi carácter me obliga á ello, además, y mi gusto me lo aconseja. Tus pecados quedan, pues, perdonados. Ahora, siéntate y dime qué te trae.

La anciana se levantó silenciosamente y, dando prueba de perfecto buen tacto, salió, dejando solos á los dos amigos, que se miraron con alegría por volver á estar juntos, sonrientes y con el corazón henchido de la cariñosa amistad de otros tiempos.

— Mi querido Daniel, dijo al fin Letourneur, estoy encargado de una endiablada comisión para ti, y bien sabe Dios que si la cumplo es porque no tengo otro remedio.

— ¿De dónde vienes, pues?

— De Fresqueville.

El sacerdote palideció y bajó la cabeza con aire preocupado. No se creía obligado á disimular con Bernardo, que estaba muy enterado de su vida, de sus esperanzas y de sus penas para que se tomase el cuidado de ocultarle su verdadero estado de espíritu.

— ¡Ah! ¿Estás relacionado con el señor Lefrançois?

— Sí, amigo Daniel, y no tengo por qué jactarme de ello, pues el personaje no tiene nada de interesante ni de simpático.... Pero, en fin, como tú dices, estoy relacionado con él y me ha encargado que te vea y que te hable en su favor.... Aquí tienes si esto es difícil; desde las primeras

palabras me veo obligado á abandonar á mi comitente. En realidad no he venido más que á verte, porque hace dos años me estoy acusando de olvidarte y por nada del mundo hubiera querido pasar tan cerca de ti sin darte un abrazo.

El cura cogió la mano de Bernardo y la estrechó cariñosamente. Después dijo, ya más sereno :

— Vamos á ver, cumple, con todo, tu misión, puesto que te has encargado de ello. Acaso pueda hacer algo de lo que deseas y me costaría mucho trabajo negarte nada.

— Mi querido amigo, á ese canalla de Lefrançois se le ha puesto entre ceja y ceja ser diputado.

— Ya lo sé. Esa candidatura es causa de numerosas molestias para mí. El alcalde de Favières me trata como enemigo, sin perjuicio de solicitar mis servicios....

— ¿Puedes hacérselos?

— No, sin mentir á mi conciencia.

— Abi lo tienes. Nunca se podrá llegar á un acuerdo. Así se lo he dicho, pero él no abandona su idea fija. « Si el padre Daniel me es hostil, dice, es que está inspirado por el rencor.... »

— ¡El rencor!

— Sí. Es Lefrançois el que habla : « No puede perdonarme mi casamiento. »

El sacerdote se ruborizó y sus manos se cruzaron.

Se levantó, dió silenciosamente dos ó tres vueltas por la sala y dijo con voz tranquila:

— Ese desgraciado me juzga según es él mismo. Al renunciar al mundo abandoné todo sentimiento profano, despojé mi corazón de todas sus pasiones y soy tan incapaz de odiar al señor Lefrançois por el motivo que él supone como lo sería de amar á la que él atribuye mi resistencia. ¡Ay! amigo mío, no tengo por un mérito esta impasibilidad, créelo. Hago constar sencillamente el hecho sin que haya en mi afirmación ningún orgullo. Mi alma está muerta para todas las antiguas locuras y estoy seguro de que jamás revivirá. La señora de Lefrançois me es absolutamente indiferente y ni la juzgo ni podría condenarla. Ha hecho lo que ha querido y si es dichosa, lo que deseo sinceramente, no creeré haber pagado su dicha muy cara con todas las penas que me ha causado.

— No es dichosa.

— ¿Por qué?

— Se casó con Lefrançois por ambición y no ha encontrado en él sino miserables ventajas, sin que su espíritu ni su corazón se hayan satisfecho. Hoy se da cuenta de que su existencia es triste, aunque tenga el orgullo de no confesarlo.

— Hace bien, si ese sentimiento está fundado en una firme idea de sus deberes.

— Eso es otro negocio, dijo Bernardo sonriendo.

Antes de casarse era un poco ligera y ha seguido siéndolo después.... Es, eso sí, encantadora, y Lefrançois no tiene por qué quejarse, pues es tratado mejor de lo que merece.

— ¿Vas mucho por su casa? preguntó el sacerdote.

— No. Lefrançois me es antipático y él no está muy bien dispuesto hacia mí, pero cuando media su interés echa á un lado los resentimientos. Por eso me ha rogado que interponga contigo mi influencia... No he podido negarme... y aquí estoy.

— ¿Entonces debo tu visita á una casualidad?

— Tengo la franqueza de confesártelo, pero me avergüenzo por ello, palabra de honor.... Vamos á ver, mi querido Daniel, ¿qué puedes concederme para ese mal sujeto? Dame, al menos, agua bendita; eso está en tus atribuciones.

El cura se quedó pensativo un instante y dijo mirando fijamente á su amigo:

— ¿Te ha explicado la situación en que me encuentro respecto de él?

— No.

— Pues bien, amigo mío, has de saber que ese hombre horrible tiene mi suerte entre sus manos. Ha comprado todos mis créditos y se dispone á ejecutarme después de la elección, si resulta vencido.

— Entonces, ¿por qué no le ayudas?

— Porque mi conciencia no me lo permite.

— ¿Tan peligroso le juzgas?

— Su competidor podría ser tan útil....

— Pero, amigo mío, ¿vacilas entre las utopías del tal Binant y la realidad de tu situación? Eso, verdaderamente, no es cuerdo. ¿Cuánto debes?

— Cuarenta y dos mil francos.

— Y no tienes ni un céntimo para pagarlos. ¡Qué diablo! No hay que despreciar á un hombre que puede perdonarte semejante deuda. Eso no sería ya demostrar un espíritu tan mezquino ni un corazón tan malo.

— No puedo aceptar nada de él.

— ¡Oh! Tienes más animosidad de lo que tú mismo supones. Se cree ser un sacerdote y se es un hombre, pues no se puede fácilmente encadenar la memoria.

— ¡Bernardo!

— ¡Bah! Aunque protestes, ¿qué podrás probar? Lo que te digo es evidente para cualquiera. ¿Cómo convencer á un ser razonable de que después de tu desventura no quieres mal á Lefrançois? Solamente á mí porque soy tu amigo, porque tú me lo dices y porque pareces tener empeño en que así se crea, pero no á un extraño ni á un indiferente. No, querido Daniel; á pesar tuyo, todo el mundo pensará que eres un sacerdote que conserva en su corazón ideas profanas y que hace

oposición « al pobre Lefrançois » porque en otro tiempo te quitó la novia. Dirán que eres un monstruo de maldad, de envidia y de lujuria y verán una prueba de tu encarnizamiento contra tu antiguo rival en el hecho de haber permanecido en el país, pudiendo pedir tu traslado, cuando vino á instalarse en él. Creerán que has preparado tu venganza; y que si el distrito no tiene un diputado rico y benéfico, como el señor Lefrançois, en vez de un ideólogo fuertemente impregnado de socialismo, como ese sansimoniano trasnochado de Binant, es por culpa del cura de Favières. Y añadirán que si la hermosa Florencia no hubiera tenido tan bonitos ojos no hubiera sucedido nada de esto....

— ¡Cállate! dijo sordamente el sacerdote, no puedes saber el mal que me haces.

— ¡Pues bien! No te martirices entonces tú mismo ni seas tu propio verdugo. ¿Estás aquí para hacer política ó para predicar el evangelio? ¿Para qué te mezclas en nada? Pon á un lado tus opiniones y deja correr los acontecimientos. Solamente con que te estés quieto, todo se arreglará. Lefrançois será diputado, tú te quedarás en paz y se arreglarán tus asuntos. ¿No es así?

— Cuando Nuestro Señor hablaba á los humildes en las aldeas de Judea, cuando ensalzaba á los desgraciados y despreciaba á los sober-

bios, ¿hacia otra cosa que darme ejemplo? Él estrechaba contra su corazón al buen samaritano, resucitaba á Lázaro y arrojaba á los mercaderes del templo. Bien sabes que murió por no ceder á las amenazas de los publicanos. ¿Por qué yo, su insignificante siervo, he de dudar en lo que él mostró resolución y he de ceder por una miserable suma en lo que él resistió al precio de toda su sangre? Si yo hiciese traición á mi fe y á su doctrina para rescatar mi deuda, ¿no equivaldría eso á venderle y no sería á mis propios ojos un segundo Judas?

— ¡Palabras! ¡Palabras! Enfilas sofismas que es un prodigio. ¡Oh! Has sido profesor de filosofía y tu argumentación se resiente de ello. ¡Pero, desgraciado! Te pierdes obstinándote en resistir. Conozco á Lefrançois y sé que es un bandido, que no retrocederá ante nada para perderte.

— ¿Y me pides que le favorezca?

— Es el único medio de hacerle mejor. Cuando haya llegado á la cima que se ha fijado su ambición, acaso se haga bueno. Si fracasa, se pondrá rabioso y feroz y tú serás su víctima.

— Eso me afirma en mi decisión.

— ¡Cómo! ¿Acaso tendrás gusto en sufrir por ese hombre?

— Puede ser.

— ¡Estás loco! No, jamás he sentido tanto como ahora haber derrochado mi patrimonio, porque te daría los cuarenta y dos mil francos para evitarte el naufragio. ¿Quieres que vaya á ver á mi tío y le pida ese dinero? Diciéndole el empleo que pienso darle, puede que consienta en adelantármelo.

— ¡No! No lo aceptaría.

— Daniel, no te comprendo, amigo mío. Hasta ahora te había creído razonable, pero veo que corres hacia una catástrofe. En todo caso no dirás que no te he prevenido.

— Todo el mundo lo ha hecho, hasta mi obispo, hasta el prefecto, hasta el mismo Binant, que me incitaba á abandonarle. Ya ves si es buena persona. Pero nadie ni nada me impedirá que cumpla mi deber.

— ¡Tu deber! Otra palabra vacía de sentido en estas circunstancias. No sabes cuál sería el resultado de la elección de Lefrançois, ni, por consecuencia, puedes considerarla como nefasta. Nada te prueba que tu deber no consista en hacerle elegir. Supón que triunfa Binant y que sus ideas producen una revolución que causa mil desgracias. En este caso habrías tenido una buena parte en el asunto y habrías comprendido de una singular manera tu deber. Es preciso no ser tan absoluto. Créeme, reflexiona; aún es tiempo.

¿Cuál es el peor, Lefrançois ó Binant? Yo daría la diferencia por un alfiler. ¡Abstente, pues! Eso basta. Si te estás quieto nos arreglaremos de tal modo que te hagamos aparecer como benévolo y tendrás mucho que ganar, ó en todo caso, nada que perder.

El padre Daniel permaneció silencioso y reflexivo. Su cabeza fina y pálida, de facciones adelgazadas por la vida ascética y animada por unos ojos que parecían más grandes en aquella cara demacrada, se inclinaba sobre el pecho. Parecía un Cristo en el Calvario, sufriendo su mortal pasión. Por fin dijo con voz ahogada:

— Creo, Bernardo, que hay seres creados para el sufrimiento y que deben dar á los otros hombres ejemplo de constancia en el martirio. Desde que vine al mundo no he cesado de sufrir duras pruebas. Siendo niño tuve el dolor de perder un padre á quien adoraba y cuya muerte entristeció toda mi juventud. Ya hombre, he pasado por las crueles decepciones de una gran pasión despreciada. Y ahora que he renunciado á todos los goces del mundo y he abandonado todas mis esperanzas para consagrarme á consolar la desesperación humana, no tengo ni el derecho de seguir mi duro camino sin que se me arroje fango para ensuciar me y piedras para herirme. Como mi divino maestro cuando subía el Gólgota cargado

con la pesada cruz, soy víctima de amenazas, de injurias y de violencias. No soy más que un hombre; no tengo para exaltarme el sentimiento de un celestial origen y mi suplicio no tendrá gloria. Le sufriré, sin embargo, y al sucumbir por el amor de la verdad y del bien, ofreceré mis dolores á Dios como una suprema expiación de mis errores y de mis faltas.

Bernardo quedó violentamente emocionado. Las lágrimas asomaron á sus ojos y no supo encontrar ni una palabra para responder á la dolorosa queja del sacerdote. Comprendía que Daniel decía la verdad y que era una víctima. Sabía que la situación apurada en que se encontraba había sido aceptada por él por delicadeza, y se daba cuenta de que Lefrançois se portaba con el cura como un malvado. Tenía además remordimientos al pensar que estaba gozando de los favores de aquella Florencia que tan pérfida y tan ingrata había sido con aquel pobre amigo, de alma tan cándida. El sacerdote resultaba cada vez más grande al lado de las bajezas de que estaba rodeado, y la misma ignorancia en que se encontraba de todas las maniobras que se ponían en juego para obligarle, completaban la sublimidad de su carácter. Bernardo pensaba: « Este pobre Daniel no ve más allá de sus narices y va á ser arrollado por Lefrançois del modo más lamentable.

Es un cordero en la boca del lobo. Será sacrificado y sin utilidad. » Y al mismo tiempo tenía que reconocer que el cura de Favieres era un espíritu noble, un alma pura, un verdadero ministro de Dios.

— Daniel, dijo, me afliges... ¿Qué puedo hacer por ti?

— ¡Nada!

— ¿Es preciso entonces abandonarte?

— Como todos, dijo con dulzura el sacerdote.

— ¡Eres severo!...

— ¿Te he ofendido? Perdóname.

— ¿Y eres tú el que me pide que te perdone? exclamó el joven, oprimido por una fuerte emoción. ¡Si supieras!...

— No quiero saber nada. Rogaré por mis enemigos como si fueran mis hermanos. Puedes decírselo á los señores Lefrançois... Pero, desgraciadamente, es todo lo que puedo hacer por ellos.

— No sabes lo que lo siento.

— Pues haces mal.

Bernardo se levantó. Daniel fué hacia él y le dijo dirigiéndole una tierna mirada :

— ¿Te vas?

— Sí. Tengo que volver al castillo.

— ¿No puedes dedicarme lo que falta del día?

— Me estarán esperando con impaciencia y no

me quedo esta noche en casa de Lefrançois...

— Adiós entonces. Ahora que sabes el camino de mi casa ¿volverás?

— Te lo prometo.

— Hablaremos de cosas más agradables y que nos gusten más ; de nuestra juventud, tan exenta de cuidados, de nuestra vida de estudios, tan íntima, de todo el pasado, menos de lo que es doloroso. Tendré un gran placer en recordarlo todo contigo... Bien sabes, Bernardo, que te quiero mucho.

Al llegar á la puerta, Bernardo tuvo un momento de efusión y abrazando vigorosamente á Daniel contra su ancho pecho, le dijo :

— Yo también te quiero mucho... y hubiera querido probártelo... En fin, adiós...

Y haciendo un esfuerzo para desprenderse de su amigo, abrió la puerta y desapareció. El sacerdote, un poco entristecido, se sentó en el sitio que ocupaba al lado de la ventana antes de la llegada de Bernardo, volvió á coger el libro y se puso á rezar sus oraciones.

El resultado de la negociación era esperado con gran impaciencia, porque al llegar Bernardo al parque de Fresqueville encontró á Lefrançois paseando delante de la verja, para entretener el tiempo. Sin más que ver el aspecto de su pleni-

potenciario, el banquero adquirió la certeza de que no había salido bien de su empresa. Corrió hacia él, le cogió del brazo y le llevó hacia el castillo, hablando mientras andaban :

— Y bien, ¿qué ha respondido ese diablo de cura? ¿Consiente?

— Ha prometido permanecer neutral.

— ¡Bah! Eso ya me lo había ofrecido, pero no basta.

— No obtendrá usted más de él.

— ¡Bueno! Entonces le prometo enseñarle cuántas son trece. ¿Quiere jugar conmigo? ¡Lo veremos!

— ¿Qué va usted á hacer?

— Procurar que este país sea imposible para él.

— Eso es poco generoso.

— Me tiene sin cuidado.

— Le criticarán á usted.

— ¿Quién? ¿Los clericales? ¡Buena es esa! Me criticarían de todos modos.

— Las personas honradas le volverán á usted la espalda.

— No se vuelve la espalda á un millonario por un ratón de sacristía que escandaliza con sus deudas.

— Usted mismo me ha dicho que el obispo no abandonaría al cura.

— Ya le obligaremos á ello. Es hombre que

detesta los escándalos y las dificultades y yo se las preparo no pequeñas. Verá lo que cuesta recibir de mala manera á un hombre como yo.

— ¿Piensa usted, acaso, ponerse en lucha con todo el mundo?

— Con todos los que me hagan oposición. Usted no me conoce, amiguito. No sé lo que es fracasar y no pienso aprenderlo á mis años. Además, mi mujer quiere que sea diputado y lo seré, ¡ira de Dios! é iré al palacio Borbón como tantos otros. ¿Que son, después de todo, la mayor parte de los diputados? Unos imbéciles. No habrá, pues, ningún mal en que vayan allí algunos hombres de mi temple. Yo no iré á hacer chanchullos, como todos esos pelagatos que no ven en su mandato más que un medio de enriquecerse. Tengo una fortuna que me pone por encima de las bajas especulaciones y de las empresas de mal género. Mi intención es llegar al poder y tomar parte en la dirección del país. Tal es mi sueño, y ya supondrá usted que no he de detenerme ante un desdichado cura de pueblo.

— ¡Es un santo!

— Pues se irá á paseo con toda su santidad.

— Tenga usted cuidado. No le había visto hacía mucho tiempo y me ha dejado asombrado. Si habla á sus feligreses como me ha hablado á mí, es capaz de levantar la conciencia pública contra

usted. Y en suma, querido, lo que usted intenta hacer con ese pobre cura es muy feo...

— ¡Cómo! ¿Así me juzga usted?

— Ni una sola persona independiente le juzgará de otro modo. Ha cogido usted en un lazo á ese inocente.

— ¿Y sus deudas?

— Bien sabe usted lo que se ha hecho de ese dinero...

— ¿Y á mí qué me importa? He comprado los créditos y no sé más que una cosa : que he pagado treinta mil francos.

— Cuarenta y dos mil, rectificó Bernardo.

— No, treinta. ¿Me cree usted tan simple que haya dado á esos imbéciles contratistas el importe íntegro de sus cuentas? Les he hecho una buena rebaja y han quedado todavía muy contentos.

— ¿Y va usted á reclamar la totalidad al cura?

— Naturalmente. Supondrá usted que yo no hago los negocios por amor al arte. ¡Pues no faltaba más! ¿De dónde sale usted?

Bernardo tuvo deseo de contestar : « De donde salgo es de esta casa para no volver más ». Pero el recuerdo de Florencia le contuvo. Se sobrepuso á la repugnancia que le inspiraba el banquero y dijo, esforzándose para sonreír :

— ¿Quiere usted mi garantía para el padre Daniel?

— No, amigo mío. En primer lugar, la garantía de usted no vale gran cosa, y después no quiero atarme las manos.

En este momento llegaban al castillo y Florencia, que los había visto venir desde una ventana, salió á su encuentro.

— ¿No ha conseguido usted nada? dijo al ver la cara contraída de su marido.

— No, señora.

— Era de suponer. Pero se debía dar este paso para saber á qué atenerse.

— Espero, dijo el joven, que hará usted oír al señor Lefrançois palabras conciliadoras.

Florencia levantó la cabeza y dijo en tono de indiferencia :

— No me ocupo jamás en los asuntos de mi marido.

— Una vez no hace costumbre y nunca encontrará usted mejor ocasión.

La joven miró á Bernardo con expresión tan irónica, que éste no replicó. Un instante después, Lefrançois entró en la casa y los dejó solos en el parque. Florencia dijo en tono seco á su amigo :

— Quisiera saber á qué viene que defiendas contra mi marido á ese cura Daniel que, decididamente, carece de todo buen tacto. Conseguirás así que se cierre para ti esta casa. ¿Entra en tu carácter hacer de tal modo el don Quijote?

— Querida Florencia, en mi carácter no entra nada más que amarte.

— Pues bien, ámame, puesto que soy bastante buena para permitírtelo, pero no me disgustes volviendo sobre un pasado que me es muy desagradable.

Aquella mujer era muy hermosa y Bernardo tuvo la cobardía de acatar su voluntad y callarse, en vez de hablar aun á riesgo de regañar con ella para siempre. Pero estaba enamorado. Besó la blanca mano que se le ofrecía y pidió inmediatamente el precio de su traición :

— ¿ Vas á estarte encerrada en esta posesión sin salir jamás? ¿ No te puedo ver más que aquí? Ya sabes lo incómodo y lo comprometido que eso es. ¿ Por qué no vas á París?

— Sería muy difícil. ¿ Con qué pretexto?

— Con uno cualquiera que inventes.

— El viaje á París es largo y embarazoso. Más sencillo es que vengas aquí. Es muy fácil. Una galopada en un buen caballo y llegas en un momento.

— Pero, Lefrançois...

— ¡ Bah! Yo sabré arreglármelas para que nada sospeche. Sales de tu casa al caer la noche, llegas á Fresqueville á las nueve y yo me encargo de abrirte la puerta. Por la mañana te marchas. ¿ Te atreves á intentar la aventura?

— ¡ Mil veces!

— ¡ Eso sería demasiado!

Llegaron riendo á un bonito puentecillo, que atravesaba un foso regado por un arroyo y que conducía al ala izquierda del castillo. Del parque á la francesa salía una escalinata en medio punto que daba al piso bajo arreglado para salón de descanso. En verano, durante las horas de calor, la señora de Lefrançois se encerraba en aquel saloncillo, en el que había libros y grabados. La difunta señora de Fresqueville había pasado allí muchos días y todo estaba en el mismo estado en que ella lo dejó. Los retratos sonreían aún colgados en las paredes y el costurero que había visto confeccionar tanta ropa blanca para los pobres, sostenía al presente el superfluo bordado de la señora de Lefrançois. El marco era el mismo, pero los personajes eran muy diferentes y una nota de melancolía imprimía en todo el adorno de la pieza como un sentimiento del tiempo pasado.

Bernardo y Florencia, sentados al lado de la ventana y cogidos de las manos, hablaban distraídamente. Parecía que la sombra del cura de Favières helaba su pensamiento. Se amaban ardentemente y se sentían como molestos el uno al lado del otro.

— ¿ Sabes que tu marido afirma que eres tú quien le impulsa en su campaña electoral?

— Es exacto.

— ¿Qué interés tienes en que sea diputado?

— Es muy sencillo. Si le eligen, viviremos en París durante las legislaturas y hasta en los intervalos, pues una vez instalados no vendría al campo más que á pasar el verano.

— Pero en París no conoces á nadie.

— Pronto haría relaciones. Cuando se tiene una casa bien montada no es eso difícil. Tú tienes familia en París y podrás procurarme buenos conocimientos.

— Ciertamente, todos los que quieran darme gusto te harán buena acogida, pero será difícil hacer aceptar á Lefrançois. ¡Es tan!...

— Lefrançois es mi marido y eso basta.

— Eso basta para él, pero no para ti...

— ¡Puedes quejarte! Si él fuera joven, hermoso y espiritual, ¿qué harías tú aquí, amigo mío?

— Haría el oso, probablemente, á menos que...

¡Las mujeres son tan caprichosas! Se han visto maridos deliciosos tan mal tratados como los más atroces.

— Si yo fuera tu mujer, ¿crees que te engañaría?

— Supongo que no, pero no estoy muy seguro.

Florencia dió á Bernardo un cariñoso bofetón con el revés de la mano y dijo echándole una mirada perversa.

— ¿Qué harías si te engañaba?

Bernardo se puso rojo y un estremecimiento agitó sus robustas manos.

— No lo sé, Florencia, dijo lentamente. Pero acuérdate de que te amo con pasión, de que todo lo he olvidado para amarte y de que estas son cosas que comprometen.

— ¡Qué aire tan trágico! ¿Me matarías?

Bernardo hizo un esfuerzo para dilatar las líneas endurecidas de su rostro y respondió :

— Eso me horrorizaría, porque eres demasiado bonita y demasiado seductora para darte la muerte. Pero no te respondo de lo que sucedería á tu cómplice...

— ¡Bueno! ¡Basta de locuras! dijo Florencia levantándose. No se deben hacer esas profesiones de fe, porque se graban en la memoria y el día menos pensado se puede estar en el caso de ponerlas por obra.

— ¿Tan poco segura estás de serme fiel?

— ¿Lo estás tú de que te amo?

La noche los envolvía ya con sus sombras y Florencia se volvió hacia Bernardo, que la estrechó apasionadamente contra su pecho. En el mismo momento atravesó la tranquila atmósfera el sonido lejano puro y argentino de una campana que tocaba á las oraciones de la tarde.

Los amantes se separaron prestamente y Bernardo murmuró :

— ¿Es la campana de la iglesia de Favières?

— Sí, respondió Florencia, es la misma.

Y viendo que Bernardo se quedaba preocupado, la joven añadió :

— Tú mismo lo ves. Es preciso que ese cura se vaya de aquí.

## VIII

El día siguiente al de la elección del señor Binant contra el señor Lefrançois, por una mayoría que los chanchullos descarados de las mesas electorales no pudieron desnaturalizar, un alguacil de embargos pegaba en la puerta de la casa del cura un cartel que anunciaba la venta de los muebles, ropas y objetos del señor Daniel, cura de Favières. No hacía un cuarto de hora que el cartel amarillo se destacaba en la puerta, y ya se había reunido un grupo de cincuenta mujeres que comentaban el suceso y sobre todo la manera de proceder del acreedor. Los comentarios no eran halagüeños para Lefrançois ni las buenas mujeres que los hacían empleaban ninguna consideración al formularlos.

— ¿No es un dolor ver á un propietario tan rico atormentar á un pobre hombre que no tiene más que su sopa y eso cuando la come?